

La miseria de los veranadores del Alto Neuquén, según Samuel “Chiche” Gelblung

The misery of the “veranadores” from the Alto Neuquén as Samuel “Chiche” Gelblung

Luis Felipe Sapag

Universidad Tecnológica Nacional, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Argentina.
lfsapag@gmail.com

Resumen

Texto escrito en el marco de la investigación de la Tesis de Doctorado Ciencias Sociales de FLACSO, en curso. Se refiere a la comunidad de los *veranadores* del Alto Neuquén y aborda temas de comunicación social, analizando las perspectivas de un reputado periodista nacional y la de los sujetos analizados, que difieren en formas y contenidos. Mientras el “yo-testifical” del periodista construye una realidad de miseria y abulia, esperando que la modernidad la supere, los actores testimonian sobre una comunidad capaz de afirmarse en su cultura y abordar con éxito los desafíos aculturalizantes de la globalización.

Palabras claves: Neuquén; trashumancia; veranadores; miseria; interculturalidad.

Abstract

Text written within the framework of the investigation of the Thesis of Doctorate Social Sciences of FLACSO, in course. Refers about the community of the *veranadores* of the Alto Neuquén and approaches subjects of social communication, analyzing the perspective of a reputed national journalist and the one of the analyzed subjects, which defers in forms and contents. While the “I-testimonial” of the journalist constructs a reality of misery and laziness, hoping that modernity surpasses it, the actors attest on a community able to affirm in their culture and successfully to afford the acultural challenges of the globalization.

Key words: Neuquén; trashumance; *veranadores*; misery; interculturality.

Narrativa de la revista Gente sobre el norte neuquino

Lo que sigue es el contenido de una nota firmada por Samuel Gelblung, publicada en la revista Gente el 17 de abril de 1970:

Aquí el siglo XX no llegó.

Este es el norte de Neuquén. Aquí viven argentinos.

En pueblos con nombres desconocidos, Andacollo, Las Ovejas, Invernada Vieja, Varvarco, nunca vieron funcionar un motor, ignoran que el hombre llegó a la luna, muchos de ellos jamás vieron un auto, están lejos de su propio país y del mundo.

-¿Que conoces del país?

-Esto, aquí.



-¿Nunca saliste?

-Sí, hasta el río Nahueve, un poco más allá; cuando llegue el invierno nos vamos para la casa que está a orillas de río y esperamos que pase la nieve y volvemos para estar cerca de la escuela. Dos hermanitos míos van a estudiar.

-¿Y vos?

-No, yo ayudo en casa, voy hasta lo del señor Díaz a buscar los encargues.

-¿Sabes en qué provincia estamos?

-No.

-¿Nunca fuiste al colegio?

-No, nunca.

-¿Que es el colegio?

-Bueno la escuela.

-¿Tu papá dónde está?

-En la casa del río, él es criancero de algunas ovejas.

-¿Y tu mamá?

-Debe estar allí.

-¿Sabés qué es Buenos Aires?

-La ciudad al norte.

-¿Viajaste alguna vez en auto?

-No. Siempre vamos a caballo para la casa. Y cuando venimos para que mis hermanos vayan a la escuela caminamos, porque hace menos frío y durante el invierno no nos podemos mover de la casa y tenemos muchas ganas de andar.

-¿Viste cine alguna vez?

-¿Qué es?

-Películas, con dibujos y figuras.

-Ah, sí, una vez vinieron los gendarmes y pasaron animales con una máquina con luces. Había indios y toda clase de bichos en colores. Fue muy lindo.

-¿Qué tenés en la mano?

-Me corte con una lata.

-¿Y quién te curó?

-Yo sola.

-¿Pero te limpiaron con algo?

-No. Me puso el trapo la señora Adelaida. La que vive allí. Que nosotros le decimos abuela.

-¿Viene el médico al hospital?

-Hace unos meses que no viene. El hospital está cerrado. A veces, Cuando alguien está mal, lo abre la señorita Mirta, que es la maestra, y usa algunas cosas. Pero ella dice que no hay nada que sirva.

-¿Cuántos hermanos tenés?

-Somos siete. Tres chicos y cuatro hombres. Dos se murieron.

-¿Cuántos años tenían?

-Uno 6 y el otro 3.

-Vos sos la mayor?

-Sí, tengo 13 años.

-¿Cómo te llamás?

-Lucía Acuña.

-¿Alguna vez te vio un médico?

-Sí, el doctor Antonio. Dijo que había que llevarme algún día lejos para hacerme unas cosas, pero después mi papá no quiso, porque la señora Adelaida dijo que no hacía falta y me hizo tomar durante muchos días un agua que ella había preparado.

-¿Y sentís algún dolor, tenés algo que no esté bien?

-Siempre me duele el estómago. Un gendarme que pasó por aquí dijo una vez que yo tenía colitis crónica.

-¿Sabés que el hombre estuvo en la Luna?

-No, no...

-¿Y ahora te duele el estómago?

-No. A la mañana temprano y a la noche casi siempre. Cuando hace más frío.

-¿Esta es tu casa?

-No. Nuestra casa está en el río. Aquí alquilamos una piecita.

-¿Y cuántos viven en la piecita?

-Todos nosotros... somos... a... ver nueve. Si, nueve.

Nueve de los doscientos habitantes de Las Ovejas viven en la piecita de un rancho de adobe con techos de paja. Es la familia Acuña. Lucía habló con nosotros más de dos horas. Ella y muchos otros son parte de una realidad que desconocernos: el norte de la provincia del Neuquén.

Un territorio olvidado, aislado y marginado de la propia Argentina. [...] Hoy, en 1970, después de haber recorrido esa zona, de haber vivido con su gente, de haber descubierto sus personajes, de haber maldecido el horrible frío, de haber comido la carne de chiva que ofrecían con afecto, queremos que usted, como nosotros conozca esta parte de la Argentina.

La qué a veces ni siquiera está en el mapa.

Antonio Gorni es médico. Hace trece años que recorre la zona del norte del Neuquén. Conoce cada pueblo como su misma vida. Durante el invierno cruza por la nieve para atender sus pacientes. Ahora está por cumplir su sueño. La instalación de puestos sanitarios en los pequeños pueblos para la atención directa e inmediata, para la prevención y para la educación sanitaria de sus habitantes. Dentro de una semana se

instalarán los dos primeros puestos. Serán trece en total, con médicos jóvenes que tendrán que instalar equipos, camas, estufas, discoteca, promover fiestas, vacunación, consejos, solución de problemas sentimentales, izamiento de la bandera en una palabra, tendrán que hacer de todo.

Ya estoy con los dos primeros matrimonios que se instalarán. Uno en Las Ovejas, y el otro todavía no tiene exactamente el lugar. Yo mismo los voy a llevar hasta allí. Y así daremos el puntapié inicial. Este olvido está llegando a su fin.

-No tenemos intenciones de llevar revoluciones a esa zona -dicen-. Simplemente comenzar a educarlos, a integrarlos a los medios adecuados de vida, enseñarles que deben cuidarse con las comidas, con el agua; la situación es penosa. Hay matrimonios entre consanguíneos, se ignoran las normas elementales de salud e higiene y por eso se produjo hace unos años una epidemia de sarampión que causó casi doscientas muertes. Nos equivocamos si vamos allí a curar solamente, lo principal es prevenir y educar. Para un médico joven esta es una experiencia maravillosa.

Por ejemplo, el doctor Rodríguez Guevara deja su jefatura de residentes en el Hospital Fernández para ir a trabajar a un pueblo de doscientos habitantes. Sin equipos, sin medios, sin nada. Pero él es especialista en aparato digestivo. Y eso le servirá para comparar sus estudios hechos en Buenos Aires con los sistemas de vida en zonas como la Patagonia, sometidas a condiciones climáticas distintas y a medios de vida totalmente diferentes. Nos cuenta:

-Yo hace poco más de dos años llevé 20 chicos a la Capital. La experiencia que sacamos de eso fue increíble. Muchos de esos chicos jamás habían visto un auto, jamás habían viajado en avión. Jamás habían visto luz eléctrica. Muchos de ellos ni siquiera conocían lo que era una escalera. Yo les hice escribir todo lo que veían y descubrían. Esas cartas algún día formarán un libro que será de importante estudio para los sociólogos.

Una de esas cartas, escritas por un chico de 13 años, Miguel Martín Hernández, tiene características realmente asombrosas:

-Hoy subimos por una máquina con rejas. Lo llaman ascensor y uno entra dentro de ella y sola sube, pero antes hay que apretar un botón. No hace ruido. También descubrimos la escalera. Subíamos por unos cuadrados puestos uno encima del otro. Nunca lo habíamos visto aunque apenas estuvimos frente a ella, sin que nadie nos dijera nada, fuimos escalando, con mucha más facilidad que sin esos cuadrados que preguntamos después, se llaman escalones. Todos abrieron los ojos grandes como casas cuando nos asombramos de lo que estábamos viendo. El doctor Antonio me dijo que esto no es nuevo, que ya las tribus indígenas de la antigüedad utilizaban las escaleras. Pero en nuestro pueblo eso no se conoce. Viajamos en avión. Un ruido tremendo. Una máquina que sube con la facilidad de un pájaro y que lleva mucha gente dentro. El

hombre que la maneja se llama piloto, y dicen que es fácil conducirlo. Hay que estudiar, pero no lleva mucho tiempo. Nos preguntaron si algún día queríamos llevarlos nosotros. Yo contesté que no. Creo que nadie dijo que sí. No me gustó. Estuvimos en un salón de televisión. El señor que estaba hablando se llama Mancera y nos regalaron muchas cosas. Nos preguntaron cómo era el pueblo y todos contestaron que era lindo. Yo dije que tenía muchas cosas distintas a la ciudad. No había calles, ni casas. La comida no venía en platos, sino que la hacíamos nosotros, con lo que pescábamos y conseguíamos. Dije que nuestras chivas y ovejas eran el alimento y que no había edificios altos. No había luz con lámparas. Y tampoco radio...

Esta carta sigue. Tiene casi cinco páginas y es un verdadero documento que el doctor Gorni tiene en su poder, entre otros centenares de documentos similares, que dan idea de una situación extrema. Esta gente responde a características particulares de una raza que se fue asimilando a las antiguas reservas indígenas, de las que quedan algunos rastros en la Patagonia, y asumieron una fisonomía que no responde a ninguna de las pautas con las cuales podemos ver este tipo de concentraciones humanas, reducidas, que están totalmente marginadas.

¿De qué vive esta gente?

La mayoría son crianceros de pequeños rebaños de ovejas y chivos. De ellas se alimentan y con ellas conviven. Cuando llega el invierno bajan hasta sus cuevas, que están ubicadas en zonas más aptas para la vida, y esperan allí que pase el frío para volver. Son nómades por obligación, pues las condiciones climáticas así se lo imponen. No hay fuentes de trabajo y no hay escuelas medias. Muy pocos de ellos pueden costear estudios secundarios fuera de esa zona; entonces cuando terminan la escuela primaria abandonan el estudio para siempre. O se adaptan a los trabajos que la rutina les impone y al sistema de vida que llevan cotidianamente o huyen hacia otras zonas. El puente de Andacollo sobre el río Neuquén, una de las obras civiles más importantes que hizo el Ejército, que une a Neuquén con la zona del norte provocó un efecto paradójico. Por ese puente se pensaba que iban a poder llegar más recursos, pero para lo único que sirvió fue para que resultara más fácil la emigración hacia zonas con más posibilidades. En algún tiempo esa fue una de las quimeras del oro argentino. Enormes trapiches producían oro que se sacaba de la zona, pero poco a poco se fue agotando la reserva y hoy ya es totalmente improductiva la explotación. No hay mano de obra, y tampoco transportes para buscar oro en zonas más alejadas de las Plantas de Producción. La mayoría de los buscadores están trabajando en Zapala, y los dueños de las fundiciones cierran sus puertas en busca de otros horizontes. El turismo es casi inexistente y sólo algunos arriesgados pescadores sanjuaninos y mendocinos llegan hasta el norte para buscar en sus lagunas una riquísima gama de truchas y salmones.

¿Cómo transcurre la vida de ellos?

Cuando aclara, a las ocho de la mañana, salen a ver sus rebaños, en la casa ya se está cocinando el asado, con menudencias de chivos y ovejas que se fríen dentro de las mismas habitaciones, con grasa de animal que ellos mismos preparan. Comen donde duermen, A oscuras, saturados por el humo que produce la fritura durante largas horas. A veces terminan a las dos de la tarde. Empiezan a las once y media, más o menos. Duermen una larga siesta las mujeres y los hombres preparan leña para la noche, para reformar los techos y trabajan en el arreglo y ampliación de los ranchos, pues las familias van creciendo constantemente. Los chicos van al colegio a las doce del mediodía. Allí se quedan hasta las cinco. Cuando llegan juegan por la zona, entre los puentes de madera y los desperdicios. Van desabrigados. Casi todos tienen colitis crónicas. Y el régimen de comida que siguen no es precisamente el adecuado para este tipo de afecciones. Se acuestan temprano, sin dialogar, a la espera del próximo día, mientras el jefe de la familia está en el bar del pueblo, apenas un mostrador, con bebidas fuertes y pésimamente destiladas. Los niveles de mortalidad son elevados por la falta de educación sanitaria. La mayor parte de los partos son asistidos por la gente del propio pueblo, y, en Las Ovejas, por ejemplo, el doctor Gorni tiene serios problemas con la abuela Adelaida, que es un poco caudillo del pueblo y que no admite que nadie de su familia sea atendido por un médico. Una de sus propias hijas falleció en un parto que ella llevó a cabo. Pero Adelaida sigue "*curando*" a su manera y teniendo gran predicamento en el pueblo. Ella tiene 78 años, 10 hijos. Uno de ellos todavía soltero, tiene 19 años que parecen 35.

Trabaja con las ovejas, no sabe leer ni escribir. Y tampoco tiene oportunidad de poder aprenderlo algún día. El apellido de Adelaida es Merino. Hija de chilenos que cruzaron la frontera a principios de siglo. Se casó con un chileno también, que vino a probar fortuna cruzando la cordillera. Vivió 48 años con él, hasta que murió, nadie sabe por qué.

Pues nadie lo atendió. Hay en esas zonas un gran porcentaje de chilenos. La policía por lo general no tiene problemas y sus reducidas fuerzas -un suboficial y un oficial que está a cargo del departamento- tienen apenas unas intervenciones al año, por algún problema de alambrado o por robo de ganado.

El contrabando de ganado hacia Chile es problema que debe afrontar Gendarmería, pues como el mercado de consumo en esa zona es casi inexistente la única manera de comercializar esas cabezas es vendiéndolas al doble del precio en Chile de lo que se podría sacar dentro del propio país. Además no hay transportes para llevarlos, y el mercado comprador más cercano es Bahía Blanca, que tiene capacidad frigorífica suficiente. Muy pocos de ellos excepto los chilenos siguen diciendo que lo de ellos es mejor y que como en su tierra no se vive en ningún lado. Vuelven a su país en el invierno y regresan a trabajar en la primavera. Los argentinos que no van a la escuela y

que jamás han ido tampoco saben si están en la Argentina, si existen sistema de gobierno, o quién es el presidente. La Estafeta del Correo recibió su última carta hace seis meses. El promedio de recepción en los años anteriores es de seis o siete cartas anuales.

-¿Qué prefiere usted, trabajar en lo que está ahora o en una fábrica ganando más?

-No sé... Vea, yo nací en esto y creo que jamás lo he de dejar. Me gusta así, que el tiempo pase, no quiero entrar en cosas complicadas. No tengo fuerzas para eso.

El que contestó eso es el hijo de doña Adelaida, ese que parece viejo y apenas tiene 19 años. Y el doctor Gorni aclaró muy bien ese aspecto de la personalidad de esta gente. No es cuestión solamente de llevarles progreso, porque los sentidos de la evolución son muy distintos para ellos que para nosotros.

[...] Un mundo que está cambiando. Por eso van médicos jóvenes a instalarse allí. Por eso hay un médico de apellido Gorni que se instaló en la zona para recorrerla como sea y para conocer a fondo su gente y para que nadie más se muera por ignorar que las enfermedades deben curarla los médicos. Por eso a veces la Gendarmería pasa películas en el cuartel para que los chicos se vayan familiarizando con el Pato Donald y con imágenes que salen de la máquina con luz. Pero mientras no sepan que el hombre llegó a la Luna; mientras ignoren lo que es una escalera; mientras no conozcan siquiera el pueblo que está apenas a cinco kilómetros de su casa; mientras la palabra Argentina no les signifique nada, seguirán siendo los olvidados de este siglo.

Chiche Gelblung - 1970

El periodista encuentra una población dispersa que vive en “*pueblos desconocidos*”, que nunca vieron un automóvil ni saben de los adelantos tecnológicos de las ciudades y, peor, desconocen ser argentinos. No había fuentes de trabajo, eran nómades “*por obligación*”, no había escuelas secundarias y, si se podía, la población “*huía*” a otras regiones.

En la entrevista descubre que la niña no iba al colegio, no curaba sus enfermedades con un médico sino que visitaba a una curandera, que nueve personas vivían en una sola habitación, que no tenían ni electricidad ni radio, que comían carne de “*chiva*” y otras muestras de miseria e ignorancia.

El relato busca dramatizar las formas de vida describiendo las frituras de “*menudencias de chivo dentro de la propia habitación, a oscuras y saturados de humo*”, la endemia de colitis, la falta de diálogo familiar y la concurrencia del jefe de familia al bar. Inmediatamente resalta la influencia de los chilenos que “*vienen a probar fortuna*” y promover el contrabando hacia allende los Andes, lo que se conjuga con la falta de comunicación con el resto de la Argentina y la poca presencia de las instituciones

nacionales. Remata el mensaje de abulia y desinterés por el progreso con el testimonio de un joven que responde a su pregunta, fuertemente direccionada: “¿*prefiere ganar más en una fábrica o seguir en lo que está ahora?*”. Pero la situación estaría cambiando: llegaban médicos y la Gendarmería “*les pasaba películas*”, mientras el gobierno comenzaba a abrir caminos y a preocuparse por “*llevarles el progreso*”. Pronto la Argentina “*les significará algo*”.

Antes de continuar, conviene realizar una introducción a la comunidad objeto de la nota periodística, pero utilizando enfoques preocupados por la opinión de los mismos protagonistas y ordenados por teorías sociales y antropológicas capaces de crear conocimientos, en contraste con la búsqueda de impactantes efectos mediáticos. Sin una básica aprehensión de la historia y la cultura de cualquier comunidad no es posible predicar sobre sus problemas y mucho menos sobre su futuro.

Los veranadores del Alto Neuquén

Se trata de la rama neuquina de un colectivo que, a principios del siglo XIX, se consolidó a partir de la alianza de soldados españoles, criollos chilenos y pehuenches, surgida para combatir a la naciente República de Chile. Casi aislada entre la Cordillera del Viento (la precordillera del norte neuquino) y los Andes, con el cierre de la frontera internacional desarrolló formas productivas no maquinistas (Harroy, 1973) que combinaron trashumancia y sedentarismo, manteniendo rasgos culturales específicos pese a los cambios estructurales que indujeron las hegemonías argentinas. Según la información disponible actualmente son aproximadamente novecientos treinta explotaciones domésticas que se dedican al pastoreo ecuestre y trashumante en el norte de Neuquén (INDEC 2002). En ellas laboran unas mil quinientas familias (Revista 8300, 2007) que alteran el ciclo de *veranadas* e *invernadas* con pequeños cultivos en estas últimas y con empleo de algunos de sus miembros en trabajos forestales y en agencias estatales.

Los campos de *invernada* en general son poco fértiles y están sobresaturados, lo que exige hacerlos descansar en verano para recuperar los pastos. Los espacios de *veranada* durante el invierno quedan bajo la nieve, por lo que al principio de los meses estivales se los encuentra plétóricos de buenos pastos.

Según estudios cuantitativos (Acuña, 1993; Bendini 1985 y 1994) y mi constatación, el establecimiento invernal típico, el *puesto* o sede principal de las familias, dispone de unas 300 a 500 hectáreas que cuentan con entre 250 y 400 cabríos, 20 ó 30 vacunos y unos diez equinos y mulares. En algunos pocos casos prevalece ganado lanar o vacuno, pero más del 80 por ciento se dedican predominantemente a los chivos. Se estima que existen unas 600.000 cabezas de caprinos en la zona (Castillo, 2006), lo que constituiría más del veinte por ciento de todas las existencias de la Argentina, todo lo que significa que

el norte de Neuquén es la única zona eminentemente caprina del país.

Con la formación de la República de Chile, luego con la consolidación de la soberanía Argentina y finalmente con la emergencia del Estado provincial, la comunidad(1) campesina objeto de este artículo ha sufrido prolongadas crisis y procesos de cambio inducidos por irrupciones armadas y fuertes dinámicas socio-económicas. Antes de la acción desarrollista del Estado provincial, que se inició en 1964, además de la trashumancia, los crianceros practicaron una agricultura semi- extensiva de trigo, cebada y otros cereales, alcanzando cierta industrialización harinera. A partir de entonces las modalidades productivas y de consumo han ido cambiando radicalmente, acompañadas por un proceso de urbanización impulsado con políticas estatales.

La hibridación hispano-criolla-pehuenche y la consolidación de la trashumancia, a mediados del siglo antepasado, otorgaron al conjunto cualidades culturales que llaman la atención por su distintividad: religión con características sincréticas cristiano-mapuches; lenguaje que se puede calificar como dialecto castellano con inclusiones mapudugún y quechua; folklore de origen chileno que se diferencia con elementos propios; relaciones de producción donde, contrastando con las chilenas y argentinas más próximas, no predomina el trabajo asalariado sino las prestaciones de reciprocidad, mostrando además la notable ausencia de propietarios concentrados con poder económico y cultural (*“No hay patronos en el Alto Neuquén”* [Libro de notas de la tesis, LN]); agrupaciones de familias en segmentos territoriales con poca o ninguna jerarquización social. Dichos atributos se listan no como descripción *“esencialista”*, sino para caracterizar sucintamente la especificidad de un conjunto social interesante.

Entre las cualidades es de subrayar la continuidad de la trashumancia en la larga duración, la capacidad colectiva de conservar un modo de producción(2) que sufrió pocas modificaciones al atravesar las sucesivas etapas de su traumática historia, en varias de las cuales fue atacado por los intereses hegemónicos que buscaron (y buscan) apropiarse de sus tierras, el bien económico y cultural máspreciado por los crianceros, y hacer desaparecer sus modalidades laborales, extrañas a la cultura capitalista. Esa estabilidad, surgida de la resistencia comunitaria a la aculturación y la extinción, contrasta con la fragilidad de otras actividades que desaparecieron, como la trilla no maquinista.

Las raíces pehuenche-mapuches, las vinculaciones familiares y afectivas chilenas y los estilos de apropiación de la naturaleza fueron y son diacríticos victimizados a lo largo de la historia. En sus comienzos los campesinos combatieron bajo el estandarte del rey de España; desaparecidos los líderes y los referentes simbólicos realistas, se insertaron periféricamente en la economía del sur chileno y a partir de entonces quedaron en posiciones culturales y políticas subordinadas respecto de los sucesivos ordenamientos políticos. Las culturas hegemónicas de Chile,

Argentina y Neuquén los han señalado sucesivamente como “*salvajes y asesinos*”, “*chilenos y rebeldes*” y “*atrasados y predadores*”. Invariablemente vistos como otredad peligrosa, desarrollaron formas de resistencia basadas en la invisibilización y la desmarcación de aquellas cualidades no tolerables para los poderes establecidos.

Recién con la penetración de la globalización los *veranadotes* iniciaron procesos de rearticulación y resignificación de sus marcas históricas, según nuevos sentidos construidos sobre procesos y elementos del pasado, antes silenciados. No lo hacen, sin embargo, antagonizando con el orden hegemónico desde adscripciones que resalten otredades asumidas positivamente, como los mapuches, sino defendiendo y reivindicando la vigencia y axialidad de la trashumancia en su vida material y simbólica. Conservan con pocos cambios sus formas laborales y económicas en las *veranadas*, afirmando su identidad y distinción con la reelaboración de algunas marcas históricas -“*Seremos paisanos, seremos indios, seremos un poco de todo, pero estamos aquí desde antes que llegaran naidés*” (LN)-, la eliminación de algunas adscripciones y prácticas, como la artesanal trilla “*a yegua*”, la selección de otras, como la argentinidad, y la construcción de instituciones, tales algunas nuevas organizaciones corporativas para defender el modo de producción y la propiedad de las tierras.

En su pertinaz voluntad de supervivencia no elevan banderas que contradigan los símbolos patrios y no se nombran con títulos que resalten su diferencia, pero dejan en claro que tienen una historia propia y que pueden convivir con “*los de abajo*” siempre que no intenten cambiar sus estilos de vida.

Observación con participación: el “yo-testifical”

Clifford Geertz advirtió que “*de un modo u otro, aunque sea de manera irreflexiva y con todo recelo sobre su pertinencia, todos los etnógrafos acaban [...] metiéndose en su propio texto (es decir, entrando representacionalmente en discurso)*” (1989: 27).(3) Si no es posible escapar a tal destino, a ser parte del escenario que se intenta describir, mejor hacerlo pronto, más considerando mi historia.

Por distintas razones profesionales y familiares, a lo largo de cincuenta años he visitado e incluso vivido en la zona, lo que significó una aproximación empática y espontánea a las vivencias de los *veranadores*, participando de sus actividades productivas, lúdicas y religiosas, como de sus emociones y problemas. Al intentar adquirir capacidades de análisis sociológicos y antropológicos en el Doctorado de FLACSO, apareció la observación participante como metodología más adecuada para mejor acumular información y profundizar los conocimientos. Pero en realidad terminé aplicando cierta forma de “*participación con observación*”, una práctica que sobrepasa la clásica inserción del observador en el campo, ya que mi articulación con la

comunidad es bastante más profunda y abarcativa que la simple y esporádica presencia para recoger datos sobre los que luego se reflexiona para construir teoría. Como bien expresa Rosana Guber (2004), los métodos cualitativos de investigación antropológica son los que “*más se parecen a la vida*”. En mi caso son la vida misma, porque la trayectoria dentro de la comunidad (incluso estoy casado con la hija de un lugareño), generó en mí un sólido compromiso respecto de su presente y su futuro, implicando un nivel de participación que se sobredetermina la función de observación. Parafraseando a Geertz (1989), mi “*yo-participante*” ha implicado a mi “*yo-testifical*”.

Quedando aclarada así la posición en el campo, se abrieron interesantes vías para el análisis de las fuentes secundarias históricas, contrastándolas con la información construida directamente y logrando reflexionar desde una epísteme madurada en la relación observador-observados. Dentro de ese esquema teórico- metodológico-vivencial, el artículo de Geblung resultó significativo, porque parece -así se presenta- haber sido construido con los testimonios de personajes paradigmáticos de la comunidad de referencia, por un interrogador que presumía agudeza y perspicacia, orgulloso propalador de las verdades de la civilización, contrastadas (con retórica bastante rústica, por otra parte) con las miserias de los chiveros. Ello porque, imprevistamente, casi cuarenta años después, gran parte del sustrato empírico con el que estoy elaborando la mencionada tesis está constituido por relatos de parientes y amigos de aquellos entrevistados. Y, lo más interesante para el presente texto, lo que la da sustento, es que mi informante más destacada es, precisamente, mi compañera Violeta Acuña, quien (¿habrá causalidades para las casualidades?) es prima de la niña entrevistada por Geblung. Mi consorte(4) es hija de un comerciante y criancero de Varvarco, paraje situado a poca distancia de Las Ovejas. En el momento de la investigación de Geblung contaba con siete años y recuerda con toda precisión la vida y las personas mencionadas en la nota de la revista Gente.

Deconstrucción del discurso geblungino

Una rápida auditoría de los datos suministrados por el famoso periodista, arroja los siguientes comentarios y objeciones:

El momento de la nota es irrepetible, el arribo de la modernidad al norte neuquino, cuando aún las pautas sociales premodernas de los *veranadores* no habían sufrido el impacto de las instituciones y los mercados nacionales y provinciales. La misión que asume el periodista es la de avanzado cultural para denunciar un estado de cosas que supone insostenible y sobre el que había que actuar. Cuando interroga agresivamente a la niña sobre si sabe que el hombre llegó a la Luna-amén de que era obvio que raramente pudo ver cine y nunca un ascensor-, en realidad se estaba dirigiendo a sus lectores

“civilizados” para impactarlos.

La maestra que menciona Geblung es Mirta Arrighi, quién también dio clases a Violeta, pero no existió ni existe una Lucía Acuña en Las Ovejas; con toda probabilidad se trataría de una hija de Silvano Acuña, hermano de Adolfinia Acuña, abuela de Violeta. Presumiblemente, la niña habrá tergiversado su identidad por desconfianza y/o vergüenza.

La curandera (*méica*, en el dialecto *veranador*) es Adelaida Merino, abuela de Mario Merino, el primer hijo de Mario Acuña, también *veranador* en su juventud, nacido antes de que su padre se casara con la madre de Violeta. El periodista se horroriza por la curandera, pero hasta la llegada de los médicos no había más recursos, amén de que siguen siendo una realidad no sólo de Neuquén, sino de la cultura campestre en general y también de la citadina. Geblung podría hacer otra nota si se entera que hoy hasta los médicos las consultan para curar el empacho y conjurar el mal de ojos.

No era cierto que vivían nueve personas en una pieza. Los *veranadores* disponen de por lo menos dos residencias: la principal, en el puesto *invernada*, y la siempre menos equipada de *veranada*. Del relato surge que Geblung no se adentró en los puestos, pero lo destacable es que, como muchas familias de la zona, esa “*piecita*” existía para ser usada en ocasiones de visitar el pueblo y no como vivienda permanente.

Cuando le preguntó por los padres, la niña contestó lo obvio: están en la *veranada*; pero al periodista no se le ocurrió visitarlos (a ver si tenía que tomar mate y comer chiva dentro de una cueva llena de humo).

A propósito, tampoco fue verídico que en la zona haya encontrado gente viviendo en cavernas. Con las baratas y prácticas técnicas del adobe y los techos de carrizo se levantaban viviendas amplias y confortables dados los estándares campestres. Se utilizaban (se utilizan) aleros pétreos en las algunas *veranadas* (no en las *veranadas*), utilizados como apoyo y protección para viviendas temporarias, construidas también con piedras, adobe y carrizo. Por otra parte, cabe cuestionar el supuesto de que las construcciones de adobe implican pobreza. Bien trabajado y con adecuados revoques, es más térmico, más barato y más amable con el medio ambiente que cualquier otro material moderno.

Hoy se utiliza ampliamente en casas “*híbridas*”, con techos de chapa, cielorraso e instalaciones de agua, cloacas y electricidad.

No hay nómadas en Neuquén; la trashumancia existe entre los pehuenches desde antes de la colonización de los veranadores. En la continuidad de equívocos, atribuibles a la ignorancia y a los prejuicios étnicos, Geblung afirmó que se trataría de “*una raza que se fue asimilando a las antiguas reservas indígenas*”, desconociendo que los *veranadores* existían antes de la llegada del Ejército a la región y, por lo tanto, mucho antes de que se estableciera la primera reserva mapuche.

Con explícito evolucionismo, profetizó que la llegada de médicos, educadores y servicios provinciales (y de iluministas iluminados como él) pronto cambiaría las cosas y los pastores ecuestres entenderían el significado de “*ser argentinos*”.

Un comentario sobre la prosa. La nota de Geblung está formada por frases cortas, concisas y aparentemente certeras, sin sub-frases aclaratorias, con pocas o casi ninguna coma ni signos de separación. Por ejemplo: “*Se adaptan a los trabajos que la rutina les impone y al sistema de vida que llevan cotidianamente o huyen hacia otras zonas*”.

La construcción del texto dice algo más de lo explícito, también introduce la seguridad característica de alguien que sabe mucho, que estuvo en tan lejano lugar para investigar y transmitir lo que averiguó.

La forma discursiva es propia de quienes se erigen en evaluadores y jueces, a la vez que comunicadores de una verdad indiscutida, legitimada por el sistema mediático-comunicacional predominante.

Para ello también necesita de la participación complaciente de los lectores, que esperan leer ratificaciones amables de sus propios estilos de vida. Comunicador y receptores construyen juntos su verdad etnocéntrica en un juego epistemológico de autolegitimación sin fisuras.

Pero el entrevistador nunca supo que la entrevistada utilizó una estrategia silenciosa. Conociendo todo lo que ella dejó de informar -la vida en los puestos y las intensas relaciones productivas, lúdicas y religiosas de la comunidad-, se advierte que fue quien manejó los resultados de la entrevista, respondiendo con el estilo que desde centurias usaron los lugareños en ocasión de interactuar con extraños. La invisibilización - el pasar desapercibidos y/o como “*pobres*” e inofensivos- es una postura que sirvió para la conservación de sus capitales materiales y simbólicos.

Violeta jugó un juego contrafáctico, imaginando un intercambio de roles: “*Yo le hubiera preguntado a Geblung si sabe lo que es una chiuva (alforja pehuenche de cuero y ramas) o si pasó alguna noche en el rial (alojos al aire libre en el camino a las veranadas; la palabra deriva de puesto real, los puntos de cobro de gabelas en la antigua trashumancia española). Entonces, ¿quién sería el ignorante?*”.

El paso del tiempo juega a favor de la crítica: Geblung afirmó con seguridad que los *veranadores* vivían una rutina obligada y que estaban dispuestos a huir de ella tan pronto pudieran. Desde que están abiertos los caminos hace más de treinta años todos los campesinos tienen esa posibilidad, tentados por los terratenientes e inclusive alentados y financiados por algunos gobiernos, pero no lo han hecho ni parece que lo vayan a hacer: se registran muy pocos casos de campos vendidos o abandonados en el Alto Neuquén, los que siguen perteneciendo a los mismo linajes de antaño.

Cuando Geblung le preguntó al *veranador* si “*prefería seguir en lo que está*

haciendo o ir a una fábrica a ganar más”, en realidad no estaba indagando sobre el ethos del poblador, sino que estaba desplegando su yo-testifical y reflejando sus propias ideologías. Las de alguien que cree que el único proyecto válido para cualquier persona, independientemente de su pasado y de su cultura, es “ganar más”.

La perspectiva de los veranadores

Los valores, sentidos, significados y representaciones de los sujetos analizados eran y son muy distintos a las imágenes construidas por el periodista. Violeta lo explica:

Nuestra casa era hermosa, bajo los sauces del puesto, allí fui feliz en mi niñez.

En invierno quedábamos meses aislados por la nieve, por ahí se acababa la yerba o el azúcar, pero nunca pasábamos hambre porque de última papá salía a cazar. Nos ayudábamos entre las familias vecinas y siempre salíamos adelante. Los veranos eran tan lindos... los animales hermosos, la quinta repleta de frutas y verduras; venía gente de todos lados a comprar al negocio, se quedaban todo el día y a la noche había asado y fiesta. Seríamos pobres y todo era difícil, no teníamos paredes de ladrillos ni electricidad, pero no necesitábamos nada, todo lo que teníamos lo habían hecho mis padres trabajando, sin ayuda de nadie, porque ni gobierno había.

El testimonio, casi idílico, refuta la tesis de la “*miseria*”, pero ¿qué pasó luego de cuatro décadas de interacción con la modernidad?, ¿habrán cambiado las costumbres de comer “*menudencias de chiva*” y el vagabundeo trashumante?, ¿habrán incorporado pasivamente las maravillas de la civilización? Veamos los siguientes apuntes de mi libro de notas:

31 de diciembre de 2001. Conversación con José Reiner “*Cocho*” Guerrero, un paisano de cincuenta y tres años, dueño de un puesto cercano a Varvaco, en el preciso momento que la Argentina se desangraba, el presidente cambiaba casi diariamente y el dólar se disparaba, mientras se propagaban la frustración social y la incertidumbre:

- ¿Cómo anda amigo, preocupado por lo que está pasando en el país?
- ¿Qué anda pasando? Acá no pasa náaaaa. Yo ando bien, tuvimos una buena cosecha de chivitos, ya tengo todo lo que necesito, harina, yerba, azúcar, carne hay siempre... Mis hijos están sanos y estudiando. Todo bien, nomás...
- Pero, ¿y la inflación que se viene? ¿Qué pasaría si pierde su capital, si no puede alimentar a su familia?
- Nooo, no va a pasar náa. La plata casi nunca sirvió, nosotros la usamos poco. Ni hay plata por acá. Cambeamos animales por lo que hace falta y para los vicios. Siii, si andamos bien, el tiempo nos ayudó, nevó poco en primavera, gracias a Dios... los animalitos bien.

Cocho tiene tres localizaciones: su casa en Varvarco, sus campos de *invernada* y de *veranada*, que comparte con sus hermanos. Como casi todas las viviendas del pueblo fue provista por el Estado provincial. Su hijo Martín maneja con habilidad computadora y cámara digital. Me regala fotos del cruce de su *piño* (majada) por el río Varvarco. Las *veranadas* y la cultura derivada de ellas le han dado a la familia Guerrero una seguridad a prueba, incluso, de las recurrentes crisis económicas y políticas argentinas.

Florentino Méndez tiene treinta y cinco años, es soltero y maneja su propio *piño* en los campos de su padre Felipe, en la zona de Las Lagunas de Epulafquen, 10 kilómetros al oeste de Las Ovejas. También es empleado en el municipio, donde es mecánico y operador de equipos pesados. Rescato algunos comentarios clave:

Antes no sentíamos disminuidos ante los de *abajo*, pero ahora hay cada vez más orgullo de ser campesinos. Estoy orgulloso de ser argentino, porque acá no hay pobres, todos tenemos en qué trabajar, mejor si es en el campo porque somos dueños. No hay patrones por aquí.

Tenemos parientes en Chile, allí sólo los ricos viven bien, tratan mal a los pobres que están obligados a trabajar en sus campos como inquilinos [...]. A la ciudad no iría, sí para pasear, pero para vivir de acá no me sacan. Acá hay arto trabajo, siempre hay algo para hacer.

Juan María Morales(62) y su consorte, Corina Alfaro(55) nos recibieron en su *veranada* en Pichi Neuquén, cerca del nacimiento del río que da nombre a la provincia. Llegamos con Violeta y varios de sus hermanos a las 11 de la mañana y el clima de alegría que nos envolvió hizo que nos quedáramos hasta las 6 de la tarde. Comimos chivito al asador, tomamos vino rosado en caja y admiramos las artesanías textiles de estilo pehuenche de Corina, pero no pudimos apreciar su música (es una de las más reconocidas *cantoras* -solistas que, acompañadas por su guitarra, interpretan temas tradicionales, heredados de las baladas españolas-) porque “*le falta una cuerda a la guitarra y todavía no la puede conseguir*”. Nos conformamos con la música de una radio alimentada por un panel solar instalado por la empresa de energía del gobierno. Cuando comenzó a bajar el sol, salimos a caminar con José María, quién me contó sobre sus problemas:

Tenimos falta de espacio, mis hijos quieren traer sus animales pero no alcanzan las pasturas. Estoy buscando otra *veranada*, pero nadie quiere vender ni alquilar, todas las *veranadas* están ocupaditas. La otra es hacer un canal desde una aguada que hay en ese cerro de enfrente, pero es muy difícil [...]. A veces trabajo para Corfone (la empresa forestadora del Estado provincial), se ganan unos pesos, pero dejar los animales, nunca.

Guillermina “Mina” Fuentes tiene 72 años, pero puede manejar su hermosa *veranada* rodeada de *ñires* (especie arbórea natural) y pinos de plantaciones artificiales,

gracias a que su nieto Luis Aravena, de 18 años, se dedica tiempo completo al trabajo de campo. Viste vaqueros azules, remera "Blue Jeans Basic" y gorra bordada con ideografías orientales. Luce el mismo aspecto que cualquier muchacho de la ciudad, pero cuando comienza a hablar evidencia su *ethos*:

"Conozco Neuquén (capital), fui por los juegos interescolares, y también Buenos Aires, fui de viaje de egresados cuando terminé la primaria. Pero no vuelvo, no. Acá me gusta más. Me gusta el caballo, recorrés las distancia fácil, te metés en el monte, hacés los arreos". Le pregunto sobre gustos musicales y encuentros juveniles: *"Los sábado voy a Manzano (Manzano Amargo, el pueblo más cercano) a las fiestas, los bailes [...]. El rock y esas cosas no nos gustan, bailamos chamamés y cumbia, eso nos gusta. La música lenta también".*

Atilio Alarcón (55), cantautor, recita sus versos cual intelectual orgánico de la causa de los *veranadores*:

*Soy rico porque Dios me ha dado un puñado de hijos,
una mujer bondadosa y un rancho lleno de cariño.
en la barda un piño de chivos con unos cuantos cabritos,
[...] Todo eso es mi capital, soy un pequeño criancero,
trabajo humilde y genuino que me heredaron mis viejos,
y Dios, que en todo me alumbró, me ha regalado este canto:
Yo soy neuquino, señores, argentino y bien paisano.
Soy paisano del norte neuquino, soy criancero de esta región.
[...] ¡Dios te guarde, criancero! Dueño del frío y del viento,
de madrugadas heladas, de atardeceres de invierno,
[...] De toda esa ingratitud, sos dueño y señor, criancero,
eso nunca te quitaron los señores avarientos,
esos que compran los campos porque les sobra el dinero,
y vos, vos por nacer paisano siempre serás fiscalero.
Con esa cruz el camino transitas esta vida,
lleno de fe y esperanzas, y con una tos jodida,
no le podés aflojar, cansado, triste o enfermo,
tu trabajo sin feriados no depende del gobierno.
Por eso niño te pido, o joven que vas al colegio,
ese hombre o mujer de campo, son dignos de tu respeto,
ellos son la patria misma que trabajan en silencio,
¡de invernada a veranada se les va gastando el tiempo!.*

Reflexiones:

Los *veranadores* abordan con éxito el desafío aculturalizante de la globalización (soy feliz, soy rico, soy dueño, estoy orgulloso, acá me gusta) afirmándose en los imaginarios locales, resignando algunas dimensiones y elementos que perdieron eficacia y/o sentido (la trilla a *yegua*, la ropa tradicional, la chilenidad), rechazando componentes externos que no se compadecen con sus vivencias e imaginarios (el rock, las viviendas de arquitectura moderna, ciertas modas) e incorporando otros (el chamamé, la cumbia, los celulares, las cámaras digitales, la ropa de moda, el trabajo asalariado como complemento de sus ingresos, ¡aquí sí viven argentinos!). Comprenden que en el ciclo repetitivo de las *invernadas* y *veranadas* (que no tiene nada de rutinario y abúlico, como cree o quiere

Geblung, y mucho de parición, señalada, arreo, fiesta, vino y alegría) se fundamenta su autonomía en los espacios de interacción, por lo que pueden renunciar a algunas características complementarias y adscripciones perimidas, pero no a sus campos y a sus animales, sobre los que emergen su inusitada fortaleza material, y, principalmente, las fuentes de sus valores y sentimientos.

Poscriptum: las profecías de la globalización

Chiche Gelbung comunicó sobre un conjunto disperso de nómadas mal alimentados y decadentes, donde realmente había (Tönnies dixit) un grupo *“viviendo en común, unido inextricablemente por orígenes, sentimientos y aspiraciones [...] (compartidas por vínculos de) filiación, parentesco, comunión y organicidad”*. Una común-uniión alrededor del modo productivo trashumante, tan arraigado que sobrevive, resignificado, en plena epifanía de la globalización, dinamizando una cultura *“pre-moderna”* que, en continuo cambio, sigue siendo la misma.

Este texto busca poner en crisis la “verdad” del sistema mediático comunicador-receptor hegemónico con la “verdad de los actores”, por muy subordinados o periféricos que, a primera vista, parezcan. Con ello también quiere sugerir que, en el trabajo del investigador-comunicador, es importante dilucidar su ubicación epistemológico-vivencial: si construye su yo-testifical a partir de ideologías etnocéntricas y/o intereses preconcebidos y predeterminantes, o si incorpora la visión íntimamente independiente de los sujetos entrevistados. Ya se sabe en qué categoría cabe el analista-periodista de marras, pero muchas veces hasta un informador (¡un periodista exitoso!) con las mejores intenciones puede ignorar o perder esa perspectiva.

En otras palabras: el siglo XX llegó al Alto Neuquén, también el XXI, pero de distinta manera a como profetizó Samuel Chiche Gelbung... Menos mal.

NOTAS

- (1) Respecto de *“comunidad”*, uso una definición en polaridad con *“sociedad”*: *“De un lado aparece la comunidad, el reino de la Wesenwille, o voluntad esencial, natural y orgánica, y del otro, la sociedad, basada en la Kürwille, la voluntad racional o reflexiva. La “sociología pura” de Tönnies identifica, por un lado, un grupo de individuos viviendo en común, unidos inextricablemente por orígenes, sentimientos, aspiraciones compartidas. Las palabras claves son aquí filiación, parentesco, comunión y organicidad. Por el otro lado, individuos viviendo unos con otros sin estar verdaderamente unidos (a pesar de la irrupción del mercado, que los une, pero separándolos), refiriéndose unos a otros como medios para la realización de sus fines particulares. Necesariamente, otras son ahora las palabras claves: impersonalidad, artificialidad, mecanismo, contrato.”*, Marinis, 2005.
- (2) Se adopta el difundido concepto marxista, pero con modificaciones. Si en la formulación original las estructuras productivas se asumen en el nivel macro como autónomas y condicionantes de las culturales y políticas (las superestructuras), aquí se concibe a las relaciones de producción de la trashumancia en su proyección microsocia sobre niveles familiares y segmentos territoriales. Se descarta además la implicación unívoca y se asume a las instancias económicas, culturales y políticas como mutuamente condicionadas. Se

conserva el sintagma para destacar que lo contrario al apotegma marxista, la suposición de que lo cultural no está influido por los modos de producción, también se descarta.

(3) La reflexión es aplicable también a periodistas y comunicadores.

(4) No la llamo mi “esposa”, porque el sentido que sugiere la palabra es el de estar “esposados”. En nuestro caso, lejos de ello, compartimos la “suerte”.

Bibliografía

- Acuña, Miriam Lucía, *Dinámica socio-económica de la comunidad de Varvarco-Invernada Vieja*. Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional del Comahue, Facultad de Humanidades, Neuquén, 1993
- Bendini, Mónica (Directora), con prólogo de Murmis, Miguel, Campesinado y ganadería trashumante en Neuquén. Grupo de Estudios Sociales Agrarios, Universidad Nacional del Comahue, Editorial La Colmena, Buenos Aires, 1994.
- Bendini, Mónica (Directora), El trabajo trashumante en la Provincia del Neuquén. Universidad Nacional del Comahue, Facultad de Ciencias Sociales y Consejo de Planificación para el Desarrollo de la Provincia del Neuquén, Neuquén, 1985.
- Castillo, Héctor Enrique, *Trashumancia*. Edición del autor, Neuquén, 2006.
- De Marinis, Pablo, 16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es). Papeles de CEIC N° 15, Buenos Aires, 2005.
- Geertz, Clifford, *El antropólogo como autor*. Paidós Studio, Barcelona, 1989.
- Guber, Rosana, *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 2004.
- Harroy, Jean Paul, *La economía de los pueblos sin maquinismo*. Editorial Guadarrama, Madrid, 1973.
- INDEC, *Censo Nacional Agropecuario*. Buenos Aires, 2002.
- Revista 8300, *Varias ediciones*. 2007.

Recibido: 25 de mayo de 2008.

Aprobado: 10 de noviembre de 2008.

Para citar este artículo

Sapag, Luis Felipe. “La miseria de los veranadores del Alto Neuquén, según Samuel “Chiche” Gelblung” en *Cuadernos de H Ideas* [En línea], vol. 2, n° 2, diciembre 2008, consultado...; URL: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/>